

**Indocumentado
Sans-papiers**

Edgar Omar Avilès

Numéro 67, 2004

URI : <https://id.erudit.org/iderudit/4878ac>

[Aller au sommaire du numéro](#)

Éditeur(s)

Société littéraire de Laval

ISSN

1194-8159 (imprimé)

1920-812X (numérique)

[Découvrir la revue](#)

Citer cet article

Avilès, E. O. (2004). Indocumentado / Sans-papiers. *Brèves littéraires*, (67), 61–71.

EDGAR OMAR AVILÉS

Indocumentado

*Premier prix du Mexique
Concours binational de nouvelle Mexique - Québec*

Crucé la frontera por Tecate Baja, California Norte, mis únicas pertenencias eran mis sueños y unas fotografías de los que quiero, o quería, fajadas a la cintura.

El pollero arrancó mi dinero : 1,500 dólares, fruto de la venta de dos terrenos, todo mi patrimonio.

— Buen negocio, vato, allá sacarás cien veces más
— y lo guardó en su cartera.

Salimos en un camión de redilas desde Tepalcatepec, mi pueblo natal.

Luego de cruzar la frontera por un agujero en la malla ciclónica (ya cansados del ajetreo de las casi 50 horas de viaje, del hambre y de caminar), nos dijo :

— Aquí acaba lo mío, ¡córranle con todo!, que si no me los matan y lo peor es que después deportan el cuerpo.

Así lo hice.

Oí disparos, ladridos, llantos, pero yo corrí sin voltear atrás. Hasta caer inconsciente.

Cuando desperté el sol estaba por salir y yo casi a la puerta de una cantina. Al parecer nadie había reparado en mi persona.

— Oiga, me da una cuba — le dije al cantinero.

—¿Traes papeles?

— No, ¿de qué chingados los ocupo para un trago?

— a mi alrededor todos se empezaron a reír.

— Si no me muestras documentos ni la hora te puedo dar, ese. ¡Lárgate!

Me sacaron entre cuatro.

Seguí el camino que estaba marcado a fuerza de pasos. Comía de la hierba que encontraba, tal como me lo dijo mi cuñado.

Después de varias horas llegué a lo que parecía la civilización, quizás un pueblo nuevo.

—¿En dónde puedo conseguir trabajo? — pregunté a alguien que escuché hablar en español.

—¿Trae papeles?

Moví la cabeza de izquierda a derecha : indiferente se marchó.

En el día intenté que alguien me diera algún dato, al menos el nombre del pueblo. Pero nada, siempre exigían papeles.

Seguí sin un rumbo. Quise pedir limosna, pero me hacían la misma pregunta antes de soltar alguna moneda... aunque de todos modos nadie me hubiera querido vender nada.

El hambre la aplacaba robando panes y frutas.

¿En dónde estaban los miles de indocumentados que se supone debían de haber ? me preguntaba a cada rato.

Después de un mes un viejo tocó mi hombro. Yo le pregunté :

—¿Traes papeles?

— No, pero tú tampoco — contestó aquella voz cansada.

—¿Cómo te llamas...? ¿De dónde eres?

— No lo recuerdo — agachó la mirada —, sólo sé que llevo años en busca de algo.

— Qué mal — dije.

—¿Y tienes fotos? — preguntó en medio de un suspiro.

— Sí — y me disponía a mostrárselas, cuando se abalanzó con una piedra. Me golpeó en la frente. En la semi-inconsciencia vi como me robó mis fotos. Su semblante se descompuso de lo feliz.

Empecé a olvidar cosas básicas. El nombre de mi madre : ¿Ana, Guadalupe, María? El de mi novia. El de mis hermanos. Y después el mío, así que decidí llamarme « Yo ».

La barba crecida. La ropa deshilachada. El semblante miserable.

Pasaron, tal vez, tres o cuatro meses. Y en la desesperación intenté preguntar de nuevo.

—¿Es de día o de noche, señorita, señor, niño? — pero ya no me pedían papeles, simplemente no me respondían.

—¿Qué es pizar algodón?, ¿qué es algodón? ¡Quién es Yo! — grité frustrado, por un recuerdo añejo, en una plaza. Pero rápidamente callé, con miedo de que me llevaran los de la... MIFA, MIJA, MIGLA... o algo por el estilo. Pero nadie se perturbó con mis gritos, ni las palomas volaron en reproche.

Me desnudé y oriné ante todos, nadie dijo nada.

Entonces me senté a llorar sueños y miedos, para rejuntrar los pocos trozos que me quedaban de mí. Después corrí directo a un enorme supermercado. Los de seguridad no me sacaron. Hallé un espejo. Vi que no me reflejaba. Eso significaba poco, en los últimos días me costaba mucho trabajo reconocermé.

Rondé confundido durante semanas, meses, ¿años?

No sabía qué chingados pasaba, hasta que un muchacho tocó mi hombro. Yo volteé para preguntarle :

—¿Tienes papuchos?, ¿pa' Pérez?, ¿pape...? ¡Eso!

Él me vio con una mirada larguísima y dijo :

— Perdiste o te robaron tus fotos, ¿verdad?

— Fo-fotos, s-sí, creo que algo parecido.

— Pues recupéralas o consigue otras — dijo en un susurro, mientras me apuntaba con el índice. Comenzó a marcharse.

No aguanté el estrés, la melancolía, el odio o algo así. Y le lancé un puñetazo con un clavo de vía de tren, que siempre cargaba. Se retorció y después quedó inmóvil.

Le arranqué sus fotos.

Con el paso de los días noté que recuperaba la silueta en los espejos ; pero ahora era más joven, distinto. La gente volvió a verme con repugnancia y a preguntar por mis papeles.

Soporté unos meses más. Mis ideas se fueron aclarando un poco, luego decidí comprobar una teoría. Sabía que todos siempre portaban sus documentos ; era cuestión de esperar a que alguien se descuidara : lo maté de forma rápida. Tomé sus papeles, en ellos se certificaba que era un ingeniero. Escondí su cuerpo bajo unos periódicos y me dirigí a la plaza.

—¿Podría darme la hora? — pregunté a una elegante mujer.

— Claro, son las 6:30 — me respondió sonriendo.

Hay ocasiones en que me confunden con el muchacho, en otras con el ingeniero.

Ahora el desconcierto es tal que empiezo a dudar de si la familia a la que mando dinero es la mía. Ellos siempre me dan las gracias y me llaman « hijo ».

Fácilmente encontré trabajo en una empresa, después me casé y ahora mi esposa y yo estamos esperando un segundo hijo. Ellos nunca sabrán nada sobre mi pasado.

Físicamente soy el muchacho de las fotos ; en conocimientos y en los registros oficiales soy el ingeniero de los documentos ; y en el alma soy el pueblerino de Tepalcatepec. Todo está bien : he logrado ser alguien... Sólo me incomoda no saber, en realidad, de quien de los tres es la historia que les acabo de narrar.

EDGAR OMAR AVILÉS

*Sans-papiers**

*Premier prix du Mexique
Concours binational de nouvelle Mexique-Québec*

C'est à Tecate, dans le nord de la Basse-Californie, que je traversai la frontière, avec mes rêves pour seuls bagages, puis quelques photographies de mes proches, ceux que j'aime, ou plutôt que j'aimais, accrochées à ma ceinture.

Le passeur m'extorqua 1 500 dollars, fruit de la vente de deux propriétés ; c'était là tout mon patrimoine. « La bonne affaire, va ! Là-bas, tu en auras cent fois plus. » Il rangea le tout dans son portefeuille. Nous montâmes dans un camion de marchandises à Tepalcatepec, mon village natal.

Après avoir traversé la frontière par un trou dans une clôture à barbelés (déjà fatigués par l'agitation des cinquante heures et quelque de voyage, de faim et de marche), il nous dit : « Ici, se termine mon voyage. Courez à toutes jambes en espérant qu'ils ne vous achèveront pas tous ; le pire, c'est qu'après ils déportent les corps. » C'est ce que je fis.

J'entendis des coups de feu, des hurlements, des

* Traduction de Jean-Pierre Pelletier

pleurs ; je courus sans me retourner, puis je tombai sans connaissance.

Quand je me réveillai, le soleil se levait ; j'étais presque arrivé à la porte d'une taverne. Apparemment personne ne m'avait remarqué.

— Écoutez, donnez-moi un rhum & coke, dis-je au patron.

— Tu as des papiers ?

— Non, je n'en ai rien à foutre de tes papiers, je veux juste prendre un coup.

Tout le monde autour de moi se mit à rire. « Si tu ne me montres pas de papiers, je ne pourrai même pas te donner l'heure. Fous le camp ! » Ils se mirent à quatre pour me mettre à la porte.

J'empruntai un chemin tracé par d'autres avant moi à force de pas. Je mangeais l'herbe que je trouvais, comme me l'avait suggéré mon beau-frère.

Après des heures et des heures de marche, j'arrivai à un endroit qui paraissait « civilisé » ; peut-être était-ce un nouveau village...

— Où puis-je trouver du travail ?, demandai-je à quelqu'un que j'entendais parler espagnol.

— Vous avez des papiers ?

Je remuai la tête de gauche à droite ; il s'en alla, indifférent.

Pendant le jour, j'essayai d'obtenir des renseignements, à tout le moins le nom du village. Mais rien ; on exigeait toujours des papiers.

Je continuai sans but. Je voulus demander l'aumône,

mais on me posait toujours la même question avant de me sortir une pièce de monnaie... De toute manière, on n'aurait rien voulu me vendre.

Je calmait la faim en volant du pain et des fruits. « Où sont passés les milliers de sans-papiers qu'il était censé y avoir ? », me demandais-je à tout instant.

Après un mois, un vieillard me toucha l'épaule. Je lui demandai :

— Tu as des papiers ?

— Non, et toi non plus, me répondait cette voix fatiguée.

— Comment t'appelles-tu ? D'où viens-tu ?

— Je ne me rappelle pas.

Il baissa les yeux.

— Je sais seulement que j'erre depuis des années à la recherche de quelque chose.

— Quelle pitié, dis-je.

— Et tu as des photos ?, demanda-t-il, dans un soupir.

— Oui.

Je m'apprêtais à les lui montrer, quand il se jeta sur une pierre. Il me frappa au front. À moitié inconscient, je vis comment il réussit à me les dérober. Son visage grimaca de joie.

Je commençai à oublier des choses essentielles, tel le prénom de ma mère : Ana, Guadalupe, María ? Celui de ma petite amie, de mes frères et puis le mien. C'est ainsi que je décidai de m'appeler « Je ».

Ma barbe poussait, mes vêtements étaient effilochés, ma mine défaite.

Trois ou quatre mois passèrent, peut-être. En désespoir de cause, j'essayai à nouveau de poser des questions. « Sommes-nous le jour ou la nuit, mademoiselle, monsieur, mon petit ? » Mais non, on ne me demandait pas de papiers. On ne me répondait tout simplement pas. « Qu'est-ce que récolter du coton ? Qu'est-ce que le coton ? Qui suis-Je ? », criai-je sur une place publique, frustré par un vieux souvenir. Mais vite je me tus, craignant que m'emmènent ceux de la... MIFA, MIJA, MIGLA*... ou quelque chose de ce genre. Mais personne ne fut troublé par mes cris, pas même les colombes ne s'envolèrent en guise de reproche.

Je me déshabillai, puis urinaï devant tout le monde. Personne ne dit mot.

Alors je me mis à pleurer des rêves et des peurs afin de rassembler les quelques morceaux qu'il me restait. Après, je courus vers un énorme supermarché. La sécurité ne parvint pas à me prendre. Je trouvai un miroir. Je constatai qu'il ne me renvoyait aucune image de moi. Cela ne voulait pas dire grand-chose, car ces derniers jours il m'en avait coûté beaucoup de chercher à me reconnaître.

Confus, je rôdai pendant des semaines, des mois, des années ?

Je ne savais pas ce qui se passait, bon Dieu ! jusqu'à ce qu'un jeune homme me touche l'épaule. Je me retournai pour lui demander : « Tu as des paperasses ? Des pa'pérez ? Des pape... ? C'est ça ! »

* Référence à *migra*, désignant pour les Mexicains d'origine la police américaine de l'immigration.

Très longuement il me dévisagea, puis me dit :

— Tu as perdu ou alors on t'a volé tes photos, pas vrai ?

— Des pho-photos, ou-oui, quelque chose comme ça, je crois.

— Eh, bien ! Récupère-les ou alors trouves-en d'autres, murmura-t-il pendant qu'il pointait sur moi son index.

Il s'éloigna.

Je ne tolérais ni le stress, ni la mélancolie, ni la haine, ni rien de semblable. Et je lui donnai un coup de poing avec un clou de chemin de fer, que j'avais toujours sur moi. Il se tordit de douleur, puis demeura immobile.

Je lui arrachai ses photos.

Avec les années, il m'apparut que je retrouvais ma silhouette dans le miroir. Mais à présent elle était plus jeune, différente. Les gens se retournaient pour me regarder avec répugnance et me demandaient mes papiers.

Je supportai encore quelques mois. Mes idées s'éclaircissaient un peu, je décidai donc de mettre à l'épreuve une théorie. Je savais que chacun portait toujours sur soi ses papiers ; il s'agissait d'attendre un moment d'inattention de la part de quelqu'un : je le tuai sur-le-champ. Je pris ses papiers où l'on certifiait qu'il était ingénieur. Je cachai le corps sous des journaux et me dirigeai vers la place publique.

— Pourriez-vous me donner l'heure ?, demandai-je à une femme élégante.

— Bien sûr, il est six heures trente, me répondit-elle avec un sourire.

Parfois on me confond avec le jeune homme ; en d'autres occasions, avec l'ingénieur.

Maintenant la confusion est telle que je commence à douter que la famille à laquelle j'envoie de l'argent soit bien la mienne. Ils me remercient toujours et m'appellent « fils ».

Je trouvai facilement du travail dans une entreprise ; ensuite, je me mariaï ; à présent mon épouse et moi attendons un deuxième enfant. Ils ne sauront jamais rien de mon passé.

Physiquement, je suis le jeune homme qu'on voit sur les photos ; pour les gens qui me connaissent et l'état civil, je suis l'ingénieur dont le nom figure sur les papiers ; dans mon âme, je suis un habitant de Tepalcatepec. Tout est parfait : j'ai réussi à être quelqu'un... Une seule chose me gêne cependant : c'est de ne pas savoir auquel des trois appartient l'histoire que je viens de vous raconter.